

Carlos Villar Flor

WYNDHAM LEWIS, O EL ARTE DE HACER ENEMIGOS

Pocos escritores encajan tan bien en nuestro perfil de “perros verdes” como el británico-canadiense Percy Wyndham Lewis (1882-1957), exponente de genialidad y de contradicción, de fertilidad creativa y de inconformismo amargo. Notorio en sus dos facetas de pintor y escritor, su reconocimiento en ambas avanzó y retrocedió a lo largo de su vida. Pintó centenares de cuadros, pero nunca ganó lo suficiente como para vivir sin deudas; escribió decenas de libros, algunos influyentes, que nunca se llegaron a vender con holgura. Su trayectoria vital y creativa ejemplifica la extrema complejidad de la figura del artista, su afán de notoriedad en contradicción con su pretensión de despertar conciencias.

Su mismo nacimiento ya se aleja de lo convencional. Nació –o, al menos, así lo contó– en un yate anclado en la canadiense costa de Amherst, Nova Scotia, hijo único de un exmilitar norteamericano casado con una adolescente londinense doce años más joven. En 1888 la familia se traslada a Inglaterra, y su padre no tarda mucho en abandonarles. Percy estudia en Rugby y luego en la Escuela de Arte Slade de Londres, y al terminar (léase ser expulsado) se toma unos años sabáticos para viajar por Europa, estableciendo su centro de operaciones en el Montparnasse parisino. De vuelta a Inglaterra, entre 1913 y 1915 desarrolla el movimiento de vanguardia que Ezra Pound

bautizaría como Vorticism, una combinación de la estructura del Cubismo y la vitalidad del Futurismo. Por culpa de la Primera Guerra Mundial la efervescencia del movimiento no dura mucho, pues poco después de la primera y última exposición vorticista Lewis y otros de sus miembros se alistan en el ejército. Lewis acaba combatiendo como alférez en el frente de Passchendaele, testigo de una de las derrotas más sonoras. Acaba la guerra como artista militar y publica su primera y experimental novela en 1918, *Tarr*, inspirada en sus experiencias en el París bohemio.

Tras unos años concentrado en la pintura, a finales de los 20 vuelve a escribir profusamente. Publica libros de pensamiento y crítica, entre los que destaca *Time and Western Man* (1927), y la novela *The Apes of God* (1930), ataque sangrante a algunos de los autores modernistas de su propio ambiente (la familia Sitwell, entre otros), que pronto le acarrió un severo ostracismo. A éste contribuyó también otro libro polémico, *Hitler* (1931), que, aunque escrito antes de que el dictador subiera al poder, mostraba una interpretación excesivamente ingenua de sus intenciones. En los años 30 sigue escribiendo furiosamente, cada vez más preocupado por el desarrollo de la política europea, el avance del marxismo y la gestación de una nueva guerra mundial. En esta década escribe su novela más reconocida, *The Revenge for Love* (1937),

ambientada parcialmente en la España previa a la Guerra civil.¹

Desanimado por la poca acogida que tiene en su país, en 1939 se traslada junto a su mujer Gladys a Norteamérica, donde pasará la segunda Guerra Mundial. De vuelta a Inglaterra publica su “autobiografía intelectual” *Rude Assignment* en 1950, un año antes de quedarse prácticamente ciego, lo que no le impide escribir una de sus novelas más personales y sinceras, *Self-Condernned* (1954). Goza de un cierto renacer de reconocimiento en los años previos a su muerte, acaecida en 1957 por fallo renal.

Amantes enemigas

Nuestro anecdotario en torno a este singular artista se centrará en sus perennes dificultades para congeniar con el prójimo, en buena parte por la impetuosidad, ferocidad y veneno de su carácter. Empezaremos por sus tempestuosas e inestables relaciones con las mujeres, acaso influido por el gen paterno. En efecto, cuando en 1893 Charles Lewis abandonó a su mujer e hijo para dedicarse a la vida ociosa, como Anna no le concedió el divorcio se casó ilegalmente con su siguiente compañera, que no sería la última. Este abandono propiciará que Percy mantenga siempre una fuerte dependencia emocional de su madre, que también sería económica, pues vivió a costa de los magros ingresos de Anna hasta su fallecimiento en 1920. Lewis culpó de la muerte de su madre a la Gran Guerra, y este pesar inspiraría de algún modo sus escritos pacifistas de los años 30.

Habrà quien especule que los hijos únicos fuertemente vinculados a sus madres suelen resistirse al compromiso con el sexo opuesto. Sea teoría fundada o no tanto, lo cierto es que Percy Wyndham Lewis podría constituir un claro ejemplo. Aunque en sus años de escuela de arte, según su amigo Rothstein, desaparecía durante semanas y al volver alegaba que había estado en Suecia o en otro “país remoto” haciendo conquistas, las suecas, alemanas, polacas o rusas de sus relatos nunca llegaban a materializarse a la vista de sus amigos. Es en 1904, durante su estancia parisina, cuando entabla la primera relación estable, con la alemana Ida Vendel. Tras un tiempo de convivencia ella insiste en llevarle al altar, pero el joven artista se resiste como gato panza arriba. Se suceden periodos oscilantes de aceptación, de duda, de cancelación, de ruptura, de separación, de reencuentro, de presentarle a su madre (“es una chica muy maja, si no tuviera tan poco tacto”, declaró la futura suegra), de amenazas de embarazo, de desmentidos, nuevas rupturas, más tensión. En una carta de 1907 le confiesa a su madre que ha reiniciado la relación, pero que la cuestión del matrimonio es implanteable: “No podría decir que mi alma es mía si me casara con ella”. Ni siquiera el nacimiento final de un hijo de ambos alterará su negativa, pues Lewis se acaba separando de ella definitivamente y se desentiende de toda responsabilidad por la criatura.

En 1911 Lewis tendrá la siguiente relación “seria”, esta vez con la joven Olive Johnson, hija de un encuadernador. La chica, no mayor de veinte años, espera un hijo del artista, que dará a luz en

¹ Ver reseña en el número 23 de *Fábula*, pp. 108-9.

septiembre de ese año, Hoel. Al cabo de dos años vendrá una segunda hija, Betty, y Lewis también dispone que su madre cuide de ambos nietos. El intervalo entre ambos nacimientos supone el ascenso de Lewis en el panorama pictórico inglés tras el éxito de exposiciones como la Post-Impresionista de otoño de 1912. Su obra *Kermesse* es comparada con las *Señoritas de Avignon* de Picasso en cuanto a precursora de un nuevo movimiento. Este periodo de mucho trabajo y rápido prestigio hace que Lewis no vea a Olive más que esporádicamente, y sus encuentros no son muy entusiastas ni muy comprometidos. Tras otro periodo de separación, en primavera de 1914 ella es vista con otro hombre. En su disculpa epistolar Olive insiste en que no puede vivir “sin alguien”, y que la culpa es de Lewis por abandonarla tanto tiempo. Se vuelven a ver ocasionalmente, y Lewis acaba contrayendo la gonorrea que a su vez le había contagiado a Olive el tal “alguien” – que resultó ser español. Curiosamente, la primera gonorrea del libidinoso artista le había venido de su contacto con una española durante su estancia en nuestro país en 1908. La nueva infección culmina bruscamente su ruptura con Olive, a la que, a pesar de ser madre de sus dos hijos, no volverá a ver en varios años.

En los meses previos y posteriores a su movilización militar, Lewis tiene numerosas amantes, tanto provenientes de ámbitos artísticos como señoras casadas de alta cuna que le encargaban pinturas. Su arrogancia, brusquedad y gorronería (no confundir con gonorrea) no parecían restarle atractivo ante el público femenino, que le encontraba fascinante física y artísticamente. Una de ellas, Helen Saunders, le acosa hasta la extenuación durante seis meses con cartas, telegramas, visitas

y encuentros. Ni los continuos cambios de domicilio o de estudio de Lewis consiguen disuadir a la enfervorecida enamorada: “Me estás matando por error. Si te espanto será la muerte de mi alma humana, porque no es posible que ame a ningún otro. Te ruego que no me apartes de la disciplina de tu mente en mi mente y cuerpo,” le declara.

La siguiente relación continuada será con Iris Barry, una menuda y atractiva aspirante a poeta con la que convivió desde 1918 hasta 1921. Durante estos años ella se desvive por agradecerle: “todo este año –le escribiré– he intentado encajar en tu vida. No tengo amistades ni conocidos ni absolutamente nada, aficiones u ocupaciones, por lo que vivir excepto para estar a tu lado”. Iris también le da dos hijos, Robin y Maisie. La niña acabó adoptada por una familia, y el niño en un orfanato, y ninguno de los dos conocieron nunca a su padre. Lewis tenía una forma bastante curiosa de entender la paternidad, y concebía el sexo y el nacimiento como reveladores de la horrible dicotomía entre mente y cuerpo que constituía la base de su sátira.

A pesar de la entrega de Iris, la relación tampoco perduró. Lewis aprovechó una de sus muchas ausencias para separarse definitiva y destempladamente de su amante. Cuando años más tarde, en 1930, ella le volvió a escribir para pedirle consejo sobre una novela que quería publicar, Lewis contestó con su característica delicadeza: “Este lapso de muchos años puede haber ocultado de tu memoria, pero no de la mía, el hecho de que mi relación contigo fue de lo más desagradable. Tu libro, como te imaginarás, no tiene para mí el menor interés, así que te lo devuelvo ahora mismo.” Con todo, al cabo de muchos años Iris reaparecerá como encargada del Museo de Arte Moderno de Nueva York, a la que Lewis no

duda en pedir un anticipo por la posible venta de alguna de sus obras.

La última mujer importante en la vida de Lewis fue su esposa, Gladys Hoskins, apodada "Froana", con la que, al igual que Charles con Anna Lewis, se llevaba doce años. Comenzaron a vivir juntos en 1921, poco después de romper con Iris, y se casaron en 1930. A lo largo de tres décadas Gladys fue la compañera devota y fiel, que tan pronto le servía de modelo como de cocinera, de secretaria o de enfermera. Padre de cinco criaturas, dos de las cuales apenas le conocen y las tres restantes en absoluto, Lewis no puede permitirse engendrar más, y así lo pacta con Gladys. Ella le debía de adorar mucho para acatar no sólo esa condición sino su absoluta subordinación a él: durante un tiempo, para reafirmar su pose de artista bohemio, del solitario "Enemigo", Lewis ocultaba a su mujer de la vista pública. De hecho, en esos primeros años recibía visitas en su casa que ni siquiera sabían que su mujer existía.

En sus últimos años de vida Lewis se vio aquejado por numerosas enfermedades, además de la ceguera. Gladys permaneció a su lado hasta el final, en ocasiones al borde de la extenuación, o del ataque de nervios por sospechas de infidelidad. En su última gran novela, *Self Condemned* (1954), Lewis rindió tributo a la dedicación de su mujer mediante el personaje de Hester, la generosa y resistente esposa del lewisiano René Harding, tributo ideado como un contrito reconocimiento por la mala vida que le había dado a su mujer.

La mano que te da de comer

Si los allegados de Lewis no tenían suficiente con aguantar la tempestuosidad de su



carácter, la recopilación de material para crear personajes constituía para aquellos otra prueba de fuego aún más terrible. El hábito de representar a sus conocidos en las novelas se remontaba a episodios de su juventud. Por ejemplo, cuando a sus diecinueve años se le conocía en la escuela de arte como “el poeta”, su afición literaria le puso en contacto con William Stirling, un soltero cuarentón ávido lector de poesía y versado en ocultismo. Stirling fomenta en Lewis su pasión literaria, además de invitarle frecuentemente a chantillí de merengue. En 1902, unas semanas después de que Lewis le pase un manuscrito con sus sonetos –sin que conste causalidad– Stirling se quita la vida mediante un corte en el cuello. Varios años después, en *The Apes of God*, Lewis recreará la estampa del joven atractivo de diecinueve años acogido en los ambientes artísticos por un esotérico mentor de sexualidad indefinida. Esta será una de las muchas anécdotas biográficas de Lewis que encuentran un paralelo en su ficción, con frecuencia demoliendo amistades mantenidas hasta ese momento. Ya hemos comentado cómo su primera novela, *Tarr*, se apoya en sus experiencias dentro de la bohemia parisina. Tarr es un joven inglés que estudia pintura en París, hijo único de su dedicada madre, que se siente agobiado por su servil amante, Berta. Obviamente, ésta resulta un trasunto de la infortunada Ida Vendel, que no sale muy bien parada en la novela, y es caracterizada por uno de los protagonistas como “una prostituta taimada”.

En verano de 1923, un joven benefactor y supuestamente amigo de Lewis, Dick Wyndham, conversaba nocturnamente con el artista a las afueras de un café francés. Lewis le dedicó alguna de sus lindezas habituales, tales como llamarle narciso o “maricón”, y concluyó con una reflexión

ciceroniana sobre la amistad: “los amigos sólo lo son en la medida en que te sirven de provecho”. Al joven le quedó grabada la frase, y se acordaría de ella unos años después, al leer *The Apes of God* en 1930. En efecto, a pesar de todo el apoyo económico que Dick le había brindado a Lewis, comprobó que su sangrienta caricatura era inequívoca: el personaje denominado Dick Wittingdon aparecía caracterizado como un hombre infantiloides que se movía torpemente, aficionado a los coches y a los flagelos (no en vano se le apoda “el Simio Flagelante”), que alquila diez estudios para sí con objeto de “evitar que diez genios tengan un tejado sobre su geniales cabezas, (...) mientras él se sienta en valiosos talleres en un estado egoísta y solitario”.

Dick Wyndham no fue, ni mucho menos, el único de los que se creían amigos de Lewis que se encontró así desangrado. Junto con Dick aparecían en la novela figuras señeras del modernismo, tanto de Bloomsbury como del círculo de los Sitwell, y antiguos compañeros y benefactores del artista. Unos pocos años atrás, entre 1923 y 1924, Dick Wyndham se había puesto de acuerdo con el matrimonio Wadsworth y otros tres amigos más para, movidos por su admiración por Lewis, reunir un fondo mensual que le pudiera permitir vivir y crear sin la angustia de las deudas. A pesar de la evidente generosidad de la iniciativa, Lewis nunca agradeció el estipendio, y aunque no dejó de cobrarlo y aún de pedir anticipos, con frecuencia mordía la mano que le daba de comer. Por un lado, no se refrenaba de recriminar a sus benefactores por la “limosna”, pero por otra, al cabo de unos días de su exabrupto volvía a reclamar la cantidad que le habían ofrecido. “Where’s the fucking stipend?” escribiría lacónicamente en una postal a

la Sra. Wadsworth —el adjetivo resultaba inadmisibile en los telegramas de entonces—, lo que provocaría el cierre del generoso grifo.

De la admirable capacidad de Lewis para enfadar o perder a los amigos se podrían poner decenas de ejemplos, pero quizá sean más ilustrativos los casos de autores famosos. Su amigo Ezra Pound, padrino del nacimiento del Vorticismo, fue uno de los que más se preocupó por promocionar a Lewis en su doble faceta, y gracias a sus gestiones consiguió despegar como novelista y publicar *Tarr*. Además, Pound le dedicó reseñas elogiosas con afirmaciones tales como “la novela inglesa más vigorosa y volcánica de nuestro tiempo” o “Lewis es el único escritor que puede compararse con Dostoievsky”. En 1925 Pound se entregó aún más animosamente a la tarea de buscar editor para diversos escritos de Lewis, pero este le interceptó con cajas destempladas: “Déjame en paz por un tiempo”, le escribió; y, para despejar dudas, añadía: “debido a los gloriosos días [del Vorticismo], tú y yo estuvimos asociados en campañas de publicidad, pero eso no te da el derecho de interferir en mi carrera cuando te apetezca.” Pound le contestó dignamente que no volvería a hacerlo hasta nuevo aviso, y ahí se interrumpió la fluida correspondencia entre ambos, hasta su reanudación por parte de Lewis para pedirle un nuevo préstamo al cabo de dos meses.

Poco después, cuando publica su obra ensayística principal, *Time and Western Man* (1927), Lewis dedica incisivos capítulos a criticar profundamente a sus “amigos” Pound y James Joyce. Al primero lo denomina “parásito refinado” y “eunuco intelectual”, y le censura su falta de originalidad por tomar todos sus materiales del pasado. Asimismo, tilda su prosa de insincera y

teatral, y a él de crítico no fiable, que “nunca ha amado nada tanto como a los muertos”. A pesar de la severidad de este ataque, Pound tuvo la magnanimidad de aceptar parte del diagnóstico, y, además de perdonar al impenitente ofensor, le atribuyó una inusitada agudeza de juicio.

En el mismo libro James Joyce recibe un similar varapalo. En realidad la parte joyceana de *Time and Western Man* reelaboraba un texto publicado por nuestro autor previamente en el primer número de su efímera revista *The Enemy* (enero de 1927), un largo ensayo de 200 páginas que no dejaba mucho espacio para otras colaboraciones titulado “El simplón revolucionario”. Para empeorar aún las cosas, se daba la circunstancia de que Lewis le había pedido unos meses atrás a Joyce una colaboración especial para el lanzamiento de su naciente revista, y Joyce aceptó enviando una sección de su último proyecto literario titulada “The Muddest Thick that was ever Heard Dump”. Así, cuando Joyce abrió las páginas del primer número de *The Enemy*, esperando encontrar el texto que generosamente había cedido, en su lugar se topó con un largo capítulo titulado “Análisis de la mente de James Joyce” en el que entre otras lindezas se catalogaba su afamada *Ulises* de “un registro de diarrea”.

Como era previsible, el afilado instinto de Lewis para la crítica y sátira de personas reales bajo fino o nulo disfraz ficticio no podía pasar totalmente impune. En la década de los 30 Lewis gastó considerables energías y sus escasos recursos en pleitos por difamación promovidos por diversas personas que se veían retratadas desfavorablemente en su ficción. Quizá el más serio de tales fuera el iniciado por Alec Waugh (hermano mayor de Evelyn), herido unos días

antes de su matrimonio por las alusiones a su supuesta homosexualidad, que trajo como consecuencia la retirada de la novela *The Doom of Youth* (1932); poco después se retiraría también *Filibusters in Barbary* (1932) por orden judicial; el editor de Prentice le llevó a juicio por incumplimiento de contrato; otro editor, Rupert Grayson, le acusó de caricaturizarle en *Snooty Baronet* (1932) y el libro fue vetado por las Bibliotecas Circulantes; y, con tales antecedentes, su novela satírica *The Roaring Queen*, prevista para 1935, no llegó a ver al luz hasta dos décadas después de su fallecimiento.

Concluamos aquí esta breve enumeración de anécdotas, no demasiado ejemplares, del arte de hacer enemigos que caracterizó a este singular artista. A pesar de su sobreabundante genio, se puede decir que Lewis nunca produjo una obra señera que dejara constancia de éste, como un *Ulises* de Joyce o una *Tierra Baldía* de Eliot. Quizá ese exceso de negatividad, concretado en sus provocaciones, ataques virulentos y su permanente imagen pública de antagonista sofocaron de algún modo sus recursos, mientras que sus permanentes problemas monetarios le distrajeron con encargos de mera supervivencia. En cualquier caso, hay que reconocerle su potencia intelectual y creativa, y la valentía con que defendió sus ideas sin importarle el ostracismo que, merecido o no, estas le acarrearón.

BIBLIOGRAFÍA:

Edwards, Paul. *Wyndham Lewis. Painter and Writer*. Londres: Yale University Press, 2000.

Gasiorek, Andrzej. *Wyndham Lewis and Modernism*. Horndon, Devon: Northcote House/ British Council, 2004.

Meyers, Jeffrey "Wyndham Lewis", en *British Novelists, 1930-1959*. Detroit: Gale Research, 1983, pp. 306-322.

O'Keeffe, Paul. *Some Sort of Genius: A Life of Wyndham Lewis*. Londres: Jonathan Cape, 2000.

